

Presentación



“Jerónima Alba dedica este retablo a Na. Sa. de Sn Juan de los Lagos por la libertad de su hijo Manuel Núñez de morir en manos de los federales huertistas que lo golpearon y llevaron al cuartel por rapto de una damisela y ella lo encomendó a esta milagrosa imagen prometiendo llevarle un retablo porque no le sacaran fuera de San Luis a la guerra y habiendo gratificado al gobierno con \$63.00 en pocos días fue puesto en libertad en noviembre de 1913. San Luis Potosí Diciembre de 1914”.¹

Este exvoto, con su texto de acompañamiento, es una ilustración certera de lo que aquí entendemos por “corrupción al filo de la cotidianidad”. Tenemos frente a frente al corruptor (doña Jerónima Alba) y al corrompido (la autoridad) sin que uno ni otro se piensen, probablemente, como tales, ni que estén entablandando una acción ilegal: es lo que algunos llaman, de forma no muy acertada, “corrupción blanca”.² Ni la palabra está escrita, ni la acción reproducida en la pictografía: “Se gratificó al gobierno con \$63.00”.

¹ Exvoto núm. 493 en Thomas Calvo y Marianne Belard, *Méjico en un espejo. Los exvotos de San Juan de los Lagos*, CD-ROM, México, UNAM-CEMCA, 2000.

² Oponiéndola a la “negra”, claramente reconocida por todos, y a la “gris”, con su tono de ambigüedad.

¿Es todo? ¿Es otra “mordida” que, sin este exvoto, hubiese pasado desapercibida en plena tormenta revolucionaria?

Pero exactamente, ¿qué significa este retablito? En primer lugar, es un acto individual, hasta cierto punto privado pero expuesto en el ambiente público de una iglesia. ¿Es por lo tanto una denuncia? De parte de doña Jerónima, aquí retratada en acción de gracias con su hijo calavera y sus dos hijas, es esencialmente un agradecimiento a la Virgen de San Juan por un milagro, o por lo menos una acción protectora. Sin duda, sus aclaraciones sobre la brutalidad de los “federales huertistas”, sobre los 63 pesos desembolsados, son una forma poco velada de crítica: cierto es, después de la derrota de la dictadura. Pero la donante no va más allá.

Hay otra circunstancia que hace que este exvoto sea excepcional. Habitualmente, el relato escrito (más o menos dictado por el donante) y el relato pintado (obra de un milagrero) se corresponden, cuentan lo mismo. Nada de esto aquí: ninguna referencia visual al rapto de la damisela, al encierro de Manuel en el cuartel o al soborno mismo. La escena pintada representa un paisaje urbano (¿San Luis Potosí?), con un espléndido carroza rodeado de guardias amenazantes, y dentro una serie de personajes que miran al público (a nosotros). Únicamente una dama (¿la damisela?) no desvía la mirada. ¿Qué pensar de esta escena, sin conexión aparente con los hechos precisos del “milagro”? Es otra alegoría “del carro del Estado” cargando los pudientes (y corruptos), protegido por “la fuerza pública”. Esto es lo que en forma velada denuncia el milagrero, con el acuerdo más o menos explícito de la madre donante. Si las autoridades tienen su guardia, ella, humilde corruptora, tiene la protección de la Virgen.

Con este documento, al igual que en muchos exvotos, estamos más allá del bien y del mal —así también se puede estudiar la corrupción—. Se plantean algunas interrogantes que acompañan estas formas de “corrupción discreta”, sea la “mordida” por parte de autoridades subalternas, el absentismo repetitivo de los funcionarios, los robos o adulteraciones de bienes dependientes del erario público (medicinas). Más que vituperar contra corruptores y corrompidos, a veces simples eslabones dentro de una amplia cadena de circuns-

tancias, hay que denunciar el hecho en sí y sus consecuencias: estos 63 pesos que pasaron de mano en mano, y que contribuyeron a debilitar la confianza del ciudadano en sus instituciones.

Pero algunos dirán que la negación de justicia que fue el acta de corrupción permitió acabar más rápida y eficientemente con esta primera injusticia (?) que sufrió el joven Manuel. Visto así, se pone un poco de aceite en los rodajes de la sociedad. Es un argumento tradicional, esgrimido por la sabiduría de las naciones: tenemos el *grease-the-wheels* anglosajón que da la mano al francés *graisser-la-patte*. El español clásico (siglos XVII-XVIII) es más ambiguo con su “dar para guantes”: ¿es una exquisitez del donante-corruptor, es la única forma con la cual el receptor-corrompido no se ensuciará las manos?

Tal vez, la sabiduría refranera mexicana nos dé la respuesta. En la medida que el soborno, forma más habitual de la corrupción, sea un hecho social de gran relevancia y antigüedad, no nos debe de extrañar que los refranes sean un testimonio invaluable, que cada cultura refleja. La civilización romana, tamizada por la filosofía griega, nos ha dejado un meditativo *corruptio optimi pessima* (la corrupción de lo mejor es la peor de todas). Enfrentada desde la noche de los tiempos a este fenómeno la sociedad marroquí es pesimista: “el bien de la corrupción se irá esfumando aunque lo ates con cadenas de hierro”. Por lo tanto, revela cierto cinismo y desconfianza frente a los mecanismos sociales: “el trigo que surcó el buey, es el asno quien se lo come”. Estas frases lapidarias nos remiten a otra sociedad aún tradicional (por lo menos en sus generaciones de mayor edad), la mexicana.

Si el refrán remite a una cultura ancestral, ésta descansa sobre una experiencia más o menos medida, con buena parte de subjetividad. Y más aún con algo tan demoledor de la confianza colectiva, de las bases sociales como lo es la corrupción. En este sentido, Evangelina Tapia y Genaro Zalpa³ nos recuerdan algunas cifras de la ONG Transparencia Internacional. Para los mexicanos hay “un serio problema de corrupción” que además se va acrecentando: el índice de desconfianza dentro del país lo sitúa en el lugar 98 de un total de

³ Genaro Zalpa fue el coordinador de la sección temática.

178 estados: en el mismo grupo que muchas naciones latinoamericanas, pero también que Italia (el rango 67). No todo es cuestión de desarrollo y riqueza.

La relación entre refrán y corrupción es fuerte porque los dos se relacionan con la cultura popular: 76% de los mexicanos que recurren con regularidad a los dichos pertenecen a los grupos “subalternos”, los mismos que por sus debilidades y su falta de protección son víctimas, al filo de la cotidianidad, de los abusos de los detentadores de toda parcela de poder o autoridad. Inmersos en el universo opacado y gris del soborno, del nepotismo, del cohecho, no siempre les es, sin embargo, fácil identificar y sobre todo nombrar la realidad de esas manifestaciones; de ahí la importancia de analizar su lenguaje y desenmascarar la corrupción “camouflada” en una jerga, y acuñada en el bronce de los refranes. Esta ocultación o alquimia verbal es por lo demás necesaria: la corrupción debe ser legitimada, aceptada como un mecanismo social reconocido, “el que no transa no avanza”.

Este conjunto de ideas generales son confirmadas por una encuesta que interesa a 500 personas, para quien el refrán más reconocido es precisamente el que acabamos de mencionar, legitimador dentro de su enunciado cinismo. Tal vez por su postura desvergonzada lo prefieren los más jóvenes de los interrogados, urgidos por adelantarse en la sociedad, fuera de toda ética. Aquí la pregunta sería la siguiente: ¿se trata de una conducta de la juventud en todas las épocas, o de una actitud propiciada por nuestro mundo sin otra referencia que la urgencia del éxito material? Pero la ausencia de ética no debe de ir tampoco demasiado lejos: es así que el reconocido “el gandalla no batalla” es rehusado por la mayoría de los entrevistados, sobre todo por el lado antisocial, “antipático y naco” del mencionado gandalla.

Hay otro refrán muy notorio, y en cierta forma de mayor sutileza que los otros: “más vale tener palancas que dinero”. En cierta forma contradice otros dichos: “con dinero baila el perro”, o “cuando el dinero habla todos callan”. Por otra parte, obliga a una definición del término palanca en este contexto: amistades, relaciones, privilegios más o menos reconocidos. Esto significa intermediación (gestores más o menos informales) y finalmente también dinero, de

forma más o menos directa. Curiosamente, los de condición alta, los que tienen a su disposición las palancas más potentes, afirman ser los menos relacionados con este dicho. ¿Debemos creerles su palabra? Probablemente estamos en el límite entre corrupción blanca (aceptada o no reconocida por unos) y gris (detectada como ilegal y rechazada en apariencia por otros). Como todo fenómeno social, la corrupción únicamente se debe estudiar dentro de sus contextos (temporales, sociales).

Aunque hay frases que atraviesan los universos de la corrupción, como la eterna cuestión: “¿Cómo nos arreglamos?” Es el sésamo que abre la caverna de Alí Babá. Es su uso más o menos generalizado, que delata la sociedad más o menos corrupta, abandonada a la podredumbre de la *combinazione* a la italiana. Es esta frase, pronunciada según los casos por el corruptor o el corrompido, quien da la pauta de la confianza o desconfianza hacia las diversas autoridades. Italia y México (pero también España) tienen una alta percepción de corrupción de sus élites políticas; en México, en Venezuela, la imagen de la policía es deplorable, apenas mejor en Colombia. En cuanto al sistema judicial de Perú, éste ofrece la tasa de descrédito más elevada que se conozca.⁴ Es hora de observar de cerca estas realidades a partir de los dos artículos que siguen.

Desde por lo menos los tiempos de la novela picaresca, la corrupción de los corchetes (para hablar como en tiempos pasados), alguaciles y demás policías de tránsito es un *topos*, que aquí retoman Hady Fink y Frédéric Boehm, para el caso colombiano. Y es cierto que los cuerpos policiales son instituciones altamente vulnerables, sobre todo en América Latina.

Los arbitrios además son difíciles: concientizar y hacer un llamado al sentido ético de unos y otros es ilusorio —todos ganan al juego, salvo la sociedad—; utilizar el sistema de primas en favor de los policías más eficientes puede transformar un simple soborno en algo más dañino, una extorsión. En cierta forma todo es cuestión de cálculo, y por eso es importante, para poder construir una verdadera

⁴Transparencia internacional, 2010, “Impacto de la corrupción en diferentes sectores e instituciones”.

política anticorrupción, entender los mecanismos del fenómeno de forma concreta. Para ello se utilizó el método de entrevista a “expertos”, aquí los taxistas colombianos, víctimas predilectas, entre 2005 y 2010. No hay que olvidar que la corrupción, forzosamente oculta, es difícil de alcanzar, en particular por vía cuantitativa y directa.

La experiencia colombiana admite también algunos agravantes: en el caso de Barranquilla, hasta el año 2008, la policía de tránsito era privada (en Bogotá ésta se extinguió un poco antes); al ser muy elevado el nivel de las multas, propicia la tentación de evadirlas, más, al tomar en cuenta que el riesgo de insinuar tal solución es prácticamente nulo. Las asperezas se resuelven gracias a un acercamiento en forma de ritual a través del cual el corruptor-taxista intenta crear lazos personales con el corrompido-policía. Después de todo, pertenecen a estratos sociales cercanos. Esta proximidad es menos evidente con las mujeres policías, y los taxistas las consideran como menos corruptibles: ¿sería la feminización un arma anticorrupción?

La alegoría de la Justicia siendo una mujer, y los jueces llevando un atuendo largo (*gens de robe* se dice en Francia) se podría pensar que una y otros son incorruptibles. No sucede así exactamente en los alrededores ni en el interior del Palacio de Justicia de Lima. Sigamos a Jairis Mujica en sus laberintos. En primer lugar, hay que acercarse a la fauna que merodea por esos rumbos. Fuera del palacio están otros tantos patios de Monipodio donde carteristas, piratas de software, falsificadores, abogados sin título e impresores se codean y se aprovechan de la clientela del gran mercado de la Justicia.

Dentro de esa informalidad, los más formales son los tramitadores y los tipeadores, especie de abogados no reconocidos, pero que conocen a la perfección todas las redes dentro (abogados, vigilantes) y fuera (falsificadores). Estos falsificadores tienen gran temple: algunos promueven sus productos incluso en el edificio mismo. Muchos abogados tienen sus propios títulos falsificados: avivados saben dar rápidamente satisfacción al pleitista.

El litigante que recurre a este sector informal no es precisamente el más desprovisto. Es el que requiere eficiencia, rapidez, y acude con la buena conciencia de tener plena razón. Se trata de hacer

triunfar con seguridad y breve tiempo la buena causa, y según las reglas del derecho: para eso tramitadores, falsificadores y otros conocen bien los laberintos físicos y legales del palacio.

Como una gigantesca bola de nieve, hay también que integrar dentro de este universo a otros individuos que parecen surgir de una película italiana de los años cincuenta: vendedores ambulantes y de los kioscos, alquiladores de líneas de telefonía móvil y otros que rondan alrededor del edificio, rinden pequeños servicios, difunden la publicidad de unos y otros. En todo este conglomerado, ¿quién mantiene una apariencia de orden? Los vigilantes del palacio son los cerberos del lugar pero también sus mejores conocedores y, por lo tanto, sus más hábiles informadores. Son la pieza maestra de articulación, ya que a través de ellos se mantiene el contacto directo con el sector formal administrativo y las secretarías. Con ellos, el soborno logra insinuarse al interior del palacio, si se tiene buen tino. El sistema es por lo demás muy funcional y con poco riesgo, por lo tanto los precios son accesibles. Las redes existen antes que los litigantes y sus intermediarios las activen, éstos se incorporan a ellas: la corrupción es un largo hilo negro, que se extiende hasta el corazón de la legalidad, pero sin estructuras firmes, definitivas.

Estamos en 2011, en Lima, en presencia de un complejo sistema de redes pero flexible al mismo tiempo, que ha hecho sus pruebas a lo largo del tiempo, integrando actores muy diversos que pueden desenvolverse en varios papeles. Todo está organizado por y para la corrupción, forma de práctica cultural que lleva hasta el *Ádyton* secreto del juez: en ese espacio misterioso no pudo entrar el investigador. Todo esto puede parecernos como un sueño, una supervivencia del siglo XVII en pleno siglo XXI.

Más ampliamente, y siguiendo los tres artículos, es notable que en los países latinos donde las relaciones personales son aún dominantes, la corrupción misma sigue esos canales. Por lo tanto, penetra con más profundidad en los tejidos sociales, se conforma como parte de la práctica cotidiana, donde intervienen los más diversos actores. Estos lazos individuales parecen estar menos extendidos en los estados del Norte. Probablemente, por eso mismo no esté tan presente, a flor de piel la corrupción; pero en ese mundo frío, en apa-

riencia neutro, la iniciativa privada toma más ampliamente el relevo con otros mecanismos, otras dimensiones.

Arcaísmo y modernidad de la corrupción Sí, pero el arcaísmo de hoy puede ser la modernidad de ayer. No olvidemos que se habla —de forma más o menos apropiada— del “Estado moderno” del siglo xvii. Quien navegue por los legajos que nos dejó Juan Díez de la Calle, oficial del Consejo de Indias hacia 1650, tal como lo ha hecho con mucha paciencia Guillaume Gaudin, pondrá en duda la modernidad de esa administración y de su gestión. Pero fue gracias a una serie de engranajes firmes y repetitivos, efectuados con una gran economía de esfuerzos, que esta burocracia logró mantener un dominio a control remoto a lo largo de más de tres siglos. Sobre todo, se pudo mantener la monarquía católica por dos razones principales: lealtad y negociación. La carta del medio racionero don Cristóbal Millán de Poblete en 1647 a Díez de la Calle, pone al descubierto todas esas implicaciones.

La lealtad religiosa y política es lo esencial, converge hacia la persona del soberano, a través de esa realidad casi mística de la *gracia real*, que puede extender sobre cualquiera de sus súbditos como rey y patrón de su Iglesia de las Indias, mercedando recursos, oficios y dignidades civiles y religiosas. Es un gigantesco maná al cual hace un llamativo insistente el prebendado, entonces al pie del *cursus honorum* catedralicio. Es tan relevante este flujo que sale de la mano del monarca que su control es fundamental, y es así que el propio conde-duque de Olivares anexó el prestigioso cargo de gran canciller de las Indias de gran relevancia política y económica. Evidentemente poco se podía recurrir al rey o su valido, siendo un simple oficial o prebendado de un lejano reino. Había santos con menos altura, y por lo tanto más eficiencia: hasta se podía solicitar un burócrata de mediano rango, como Díez de la Calle. Es cierto que no siempre esto era efectivo, como se ve aquí.

La negociación es también el otro punto medular dentro del “Estado moderno”, sobre todo tratándose de esa monarquía compuesta como fue la hispánica. Negociación entre la Corona y los conquistadores en un primer momento, después con sus hijos beneméritos, después con la sociedad criolla, es decir con la élite.

¿Negociación sobre qué? En ese momento (1647) sobre el acceso precisamente al maná de los cargos, ya que el soberano se reserva, a través de su Consejo de Indias, las nominaciones a los altos oficios civiles, religiosos y militares, delega, entonces, a sus gobernantes indianos el resto de los 15 a 20 mil empleos de América y Filipinas. En Madrid, en las capitales de las Indias esto se negociaba, se peleaba.

Otro punto relevante de esta carta es lo que ofrece el prebendado a cambio del ascenso al administrador peninsular: toda la información actualizada del personal de la catedral de México y sus salarios. Notemos además la prudencia de Millán de Poblete, quien establece cálculos de ingresos inferiores a las estimaciones de Madrid: las finanzas reales siempre están al acecho de algún recurso, particularmente en esas fechas.

Más allá del hispanismo y de una contextualización universalista, no busquemos solución de continuidad entre el texto de Millán de Poblete y la revista *Ábside* que analiza Jesús Iván Mora Muro. Se fundó en 1937 por el zamorano Gabriel Méndez Plancarte, y su logro consistió en buscar el camino de un diálogo con las diferentes corrientes del humanismo moderno y de la mexicanidad, esto en tiempos de “la educación socialista” y después de la experiencia de Vasconcelos: ¿era posible escoger otra vereda? Ya después de otra Revolución nació el catolicismo liberal —después casi libertario— de un Robert de Lamennais o la orden marista con preocupaciones sociales, que conoció bien Méndez Plancarte, ya que fue alumno de su Colegio francés en México (antes que Octavio Paz y otros).

El paso del padre Gabriel por Lovaina, hervidero de ideas renovadoras (neotomismo) también es aquí importante para entender las corrientes que atraviesan la revista: se trata de una tradición modernizante a través la influencia de los clásicos grecolatinos y sus seguidores de la “edad clásica” novohispana (Sor Juana Inés de la Cruz, Cabrera y Quintero). Por lo tanto, *Ábside* trató de conciliar “el amor a Horacio y el amor a México” a través del humanismo, recordando “los dones preciosos de Castilla”. Esto tenía sus coherencias, pero también sus desviaciones que llevaron a defender el tradicionalismo obtuso de la cruzada franquista, “movimiento substancialmente bueno y laudable”.

Si la modernidad a veces se puede revertir en tradición, también puede seguir una línea sin compromiso. En cierta medida es el caso de la medicina y de la biología que conocieron avances fundamentales a lo largo del siglo xix. Hasta trataron de penetrar con la embriogénesis el misterio mismo de la vida, o por lo menos de la puesta en orden de su formación. Por ello, como lo describe con precisión Hilderman Cardona, debió de enfrentarse con “las anomalías graves [...] y otras configuraciones viciosas” (Geoffroy Saint-Hilaire). Como se debe, una teoría se desentiende de otra, y el desarrollo bloqueado del organismo monstruoso según sus estudiosos del xix no se compagina con el evolucionismo darwiniano.

Pero al mismo tiempo se cruzan hipótesis, descripciones y nuevas tecnologías, y la fotografía será un soporte esencial a la teratología (estudio del prodigo, del monstruo) a fines del xix. Sin embargo, las tradiciones pronto se adhieren, y la representación “monstruosa” trata de alcanzar la normalidad de la fotografía clásica de salón (el retrato), como es el caso de las imágenes de presos o prostitutas en el mismo momento en México (y probablemente en otras partes). En las dos circunstancias (la social y la clínica) se trata de explicar y relacionar lo anormal con las reglas de la gramática y el orden biológico. En cierta forma es una manera de negar lo excepcional, en aras de una “obsesión por lo normal”. Esto se puede asociar con el racismo neodarwinista que se extiende entre las élites latinoamericanas entonces (con el aporte de los viajeros occidentales). En cierta medida, la ciencia y la sociedad tienen necesidad de lo anormal para definir y legitimar lo normal.

Con todo y sus límites, este aparato científico se aleja cada vez más de la *vox populi*: donde ésta puede ver la gestación de un anticristo, los médicos con serenidad describen fenómenos donde la monstruosidad no desemboca forzosamente sobre otro estigma de una misma naturaleza, como en el caso de niñas menstruando muy precozmente: un desarrollo acelerado tiene tanta vigencia como el subdesarrollo del embrión. Las amplias y precisas descripciones de los casos registrados son otro elemento de modernidad positivista: forman parte de la demostración, a veces ésta se limita a esos simples hechos materiales, biológicos.

Con “Notas y debates”, abrimos una sección que será intermitente, conforme a las oportunidades editoriales. La inaugura el texto de Phil Weigand sobre los soldados rusos de la Segunda Guerra Mundial. No tendría caso hacer una recensión de un texto apretado, lleno de sugerencias y rico de lecturas. De pronto nos surge una pregunta aparentemente anecdótica, pero en realidad primordial para entender el texto y, sobre todo, algunas características de esta guerra. Hay que comparar: la Primera Guerra Mundial dio origen a una multitud infinita de testimonios publicados de soldados, aparte de obras literarias de gran valor, de cada lado de los frentes. Hay muchos testimonios de la Segunda Guerra Mundial, pero esencialmente de sus principales víctimas, los sobrevivientes de los campos, o de los combatientes aislados, sean guerrilleros o *maquisards*. Es que fue una guerra ideológica, con los horrores que siempre acompañan el fanatismo, con la opresión que imponen los Estados totalitarios. Más valía callar las atrocidades (de cada lado, aunque en forma muy desigual), más valía callar las inconformidades. Es así que el fresco aterrador por los dramas descritos, por su amplitud, por la emoción y la precisión de Vasili Grossman, *Vida y destino*,⁵ fue prohibido en la URSS, pero publicado en Suiza en 1980, cuando su autor ya había muerto 16 años antes.

Que se nos permita dar como complemento al texto aquí publicado algunas breves citas de Grossman: vivió en carne propia lo que cuenta. Conoció esa “guerra de ratas” de Stalingrado:

Para los defensores de Stalingrado llegaron los días más duros. En la confusión de los combates callejeros, del ataque y del contraataque; en la batalla por el control de la Casa del Especialista, del molino, del edificio del Gosbank (banco estatal); en la lucha por sótanos, patios y plazas [...]

Y en el cielo, desde el alba hasta el anochecer, gemían los bombarderos alemanes en picado y horadaban la tierra desventurada con bombas demolidoras. Y en cientos de cabezas martilleaba, punzante, el cruel pensamiento de qué pasaría al día siguiente, al cabo de una semana [...] (pp. 35-36).

⁵ México, Editorial Debolsillo, 2010.

En el combate toda sensación se altera:

Más complejo es el proceso de deformación que afecta a la percepción de la brevedad y la duración del tiempo que se da en el hombre que vive un combate. Allí las cosas van más lejos, allí son incluso las primeras sensaciones individuales las que se ven deformadas, alteradas. Durante el combate los segundos se dilatan, pero las horas se aplastan. La sensación de larga duración se relaciona con acontecimientos fulminantes: el silbido de los proyectiles y las bombas aéreas, las llamadas de los disparos y las explosiones.

La sensación de duración de la batalla está en conjunto tan profundamente deformada que se manifiesta con una total indeterminación, desconectada tanto de la duración como de la brevedad (p. 52).

El fatalismo, el desaliento se imponen, en medio de la masificación y mecanización de la guerra. Escuchemos el diálogo entre dos combatientes: “—Sabes, cuando iba a la escuela vi un cuadro que se parecía a esta noche: una luna sobre la llanura y cuerpos de guerreros muertos en batalla. —¿Dónde ves el parecido? Se rió el otro. Aquellos eran héroes mientras que nosotros no somos más que gorriones” (p. 766).

Pero también algo se construye, de combate en sacrificio, de derrota en victoria, y del campo de batalla se extiende a toda la santa Rusia:

Se trataba de un sentimiento tan enrevesado y difícil que ni siquiera un gran artista podría pintarlo. Surgía de la fusión de la potente fuerza militar del pueblo y del Estado con aquella cocina oscura y misera, con sus chismes y mezquindades; de una unión donde convivía el acero mortal de las armas con las cacerolas de cocina y las mondadas de patatas (p. 139).

Con ello puede peligrar hasta el Estado opresivo: “El triunfo en Stalingrado estableció el resultado de la guerra, pero la tácita disputa entre el pueblo y el Estado, ambos vencedores, todavía no había acabado. El destino del hombre, su libertad, dependían de ella” (p. 837).

La historia nos dio sus respuestas, a mediano y a largo plazo.

Este número de *Relaciones* cumplió con el título polisémico de la revista: relatar y relacionar. Nos llevó desde la cultura popular mexicana hasta el alma rusa en los años 1940-1945, nos relató las artimañas del sector informal de la justicia de Lima, la realidad de las “mordidas” en Colombia. Más allá de la fragmentación inherente a este tipo de publicación, es fácil detectar un punto de continuidad, que es precisamente el que va de la tradición a la modernidad, más allá de las rupturas, más allá de las indecisiones de unos y otros. Hemos presenciado en pleno siglo XXI corrupciones de “antiguo régimen” (tal vez). Hemos acompañado los progresos de la biología pero también la imposibilidad para la ciencia de separarse de las conductas sociales timoratas. El catolicismo conciliador y modernista de *Ábside* viene a defender el régimen más reaccionario de Occidente.

Sacaremos otra enseñanza, más material, pero tal vez fundamental: se hizo un número de revista con autores escribiendo en México, Colombia, Perú, Francia y Alemania. Y eso sin hablar de la veintena de dictaminadores, también esparcidos. Hoy en día no es ninguna hazaña. Hace 15 años, con el fax a disposición de los editores hubiese sido posible, pero más lento y complicado. Hace medio siglo hubiese sido difícil, casi imposible en el breve tiempo que nos ofrecen las exigencias actuales. Esto también se debe meditar, tal vez discutir algún día: nuevos tiempos, nuevas oportunidades, nuevos retos.